



CANT QUINT

LA CATARATA

Invocació al Geni del extermini. Gemechs de la terra mitx anegada. Saltant d' aygues que pel esboranch de Calpe s' hi abocan. Regirament de les ones ab les despulles de l' Atlántida. Hèrcules, maresmes y camps á través, busca á Hespèris, ab un arbre encès per brandó. Ella l' veu venir y pren comiat de ses filles.

MINISTRE d' exterminis que 'ls llamps hi descarregas,
¡oh! pòrtamhi entre onades de polsaguera y fum;
per eixa nit reveure l' Atlántida que ofegas,
déixam muntar tes ales de ton flagell al llum.

La canto capbussada tombant al precipici,
del mon en les entranyes, com boja, despertant;
mes, cántala tu ab veu de trompa de judici,
que, d' esglay ragullosa, la meva no pot tant.



CANTO QUINTO

LA CATARATA

Invocacion al Genio del exterminio. Gemidos de la tierra medio anegada. Golpe de aguas que, por la brecha del Calpe, se precipita. Subversion de las olas con los despojos de la Atlántida. Hércules, á través de campos y marismas, busca á Hespèris, con un árbol encendido por antorcha. Al verle venir, despídese ella de sus hijas.

MINISTRO de exterminios, que lanzas allí tus rayos ¡oh!
condúceme entre oleadas de polvareda y humo; para
en esta noche rever la Atlántida que ahogas, déjame cabalgar en tus alas, al fulgor de tu flagelo.

Cántola, cayendo de cabeza en el abismo, despertando
alocada en las entrañas del orbe; mas, cántala tú con voz
de la trompa del juicio final, que, ronca de pavura, la mia
á tanto no alcanza.

Xisclets d' esgarrifansa, renechs, ays, cridadissa,
 veus tristes de la fossa, veus dolces del bressol,
 fan chor ab lo feréstech rugit y udoladissa
 ab que 'ls boscatges ploran la llum del darrer sol.

De Pompeya, al esténdrehi son mantell lo Vesuvi,
 de Troya y de Pentápolis ressona 'l fort gemech,
 l' esgarrifall, bram d' aygues, y monstres del diluvi,
 y de la nau del mon al rómpres, l' espetech.

Colgades en sepulcres d' escuma les montanyes,
 de peus al fanch, responen ab crits y gemegor,
 y s' ou, com si enrunassen mals Genis ses entranyes,
 de colps, esllavissades y enfondraments rumor.

Sota 'l tallant la víctima forceja, mes,—Ovella,—
 apar que l' Angel cride:—no 't calrá no estrevar;
 tes selves qui esplomissa, tos cingles qui estavella,
 qui ton tos camps d' aurífich velló, t' ha d' escorxar.—

Al seu voltant tot regne s' astora y tremoleja,
 anyells que han vist la ovella en mans del matador;
 y ab membres y ossos fora de lloch, lo mon panteja,
 sentint d' entre sos brassos arrabasar lo cor.

Horripilantes chillidos, blasfemias, ayes, gritería, lúgubres acentos de la huesa, dulces vagidos de la cuna forman coro con el feral baladro y los aúllos con que lamentan los boscajes el ocaso del sol postrimero.

De Pompeya, al encubertarla el Vesubio con su manto, de Troya y de Pentápolis resuena el estertóreo gemido, el espeluzno, el rebramo de aguas y mónstruos del diluvio, y el estampido de la nave del mundo al quebrajarse.

De piés en el cieno, sepultos en espuma, responden los montes con ayes y quejidos, y se percibe, cual si Genios del mal derrocasen sus entrañas, rumor de golpes, desgalgaduras y hundimientos.

Bajo la cuchilla forcejea la víctima, mas—Oveja,—parece decirle el Ángel:—será en vano que resistas: quien despluma tus selvas, quien raja tus cerros, quien trasquila tus campos de aurífero vellon, viene á desollarte.—

En torno suyo azóranse y trepidan todos los reinos, corderas que han visto la oveja del matador en manos; y, dislocados sus huesos y sus miembros, jadea el mundo, sintiendo que le arrebatan el corazon de entre los brazos.

Tan bon punt á les ones lo Calpe s' esportella,
abócanshi en cascada com teres udolant;
y á cada tros de serra que l' aygua avall capdella,
aixampla més sa gorja l' engolidor vessant.

—¿Qué baixa,—crida un nin,—de Gibralta' á ramades?
no son los bèns que á peixer venían lo rebrot,
que son bramayres monstres de crins esterrufades;
¡mare, mareta meva! que 'ns xafarán á tots!—

—¡A tots!—ella responli,—ab aqueix mot m' eixalas
lo cor; vina á mos brassos, fill meu, no 't cal fugir:
fugiu, fugiu vosaltres, aucells que teniu ales;
jo esper ab qui més amo que 'm vingan á engolir.—

Lo Volga, 'l Ròse, 'l Ganges, y ab llurs sorrals y roques
cent rius sembla que hi tomban en torb escabellat;
generacions y segles, així afamada embocas,
tu, sense fons ni vores, negrosa eternitat.

Y's muntan y revenen, y arreu volcats s' abisman
en remolí, frissosos, mars sobre mars al fons,
d'ahont ab bull d' escumes y vents que s' enfurisman,
renaixer sembla 'l cáos, sepulcre y bres dels mons.

No bien, de las olas al empuje, méllase el Calpe, agól-
panse en cascada, aullando como fieras; y á cada raja de
sierra que las cayentes aguas voltean, más ensancha sus
fauces la engullidora vorágine.

—¿Qué descende—exclamá un niño—de Gibraltar en
tropel? no son no los carneros que á pacer venían los re-
brotos; son bramadores mónstruos de erizadas crines;
¡madre, madrecita mia, van á estrujarnos á todos!—

—Á todos—añade ella—con tal palabra rompes las alas
de mi corazon; ven á mis brazos, hijo mio, ¿ á qué huir?
huid, huid vosotros, alados pájaros; yo, con quien más
amo, aquí aguardo que vengan á devorarme.—

El Volga, el Ródano, el Ganges y cien rios con sus are-
nales y rocas parece que allí se abisman en enmarañado
turbion; así, oh tenebrosa eternidad sin fondo ni riberas,
engulles famélica generaciones y siglos.

Y se enciman y retroceden, y trastornados doquier en
remolino, frenéticos, mar sobre mar, precipítanse en los
cóncavos, de donde, con hervor de espumas y vientos que
se embravecen, diríase que renace el cáos, cuna y sepulcro
de los mundos.

Apar que al estimbarse la mar de serra en serra,
rodole ab les boyrades, lo llamp y l' huracá,
buscant dintre l' abisme los ossos de la terra,
per darlos á eixos buitres del cel á descarná'.

Y enllá per les planicies d' Hespèris escampantse,
solleva, aixaragalla y abriga per supols;
se fan enllá les serres, desdint y capbussantse;
y torres que muntavan al cel, besan la pols.

S' adressan erms y marges, aprés que 'l mar trosseja
ab una ma llurs boscos, ab l' altra llurs ciutats ;
als peus del puig rodola son cap, y 's balanceja
l' esperit de les ones damunt l' or dels sembrats.

Escapsats ídols, brèdoles del temple seu despulles,
ab la floreta rodan que 'ls encensava 'ls peus,
los cálzers d' or y ceptres s' amagan entre fulles,
al veure així ofegarse los sacerdots y deus.

Lo taup al niu de l' áliga, lo peix al núvol colca,
als cims hont espigaren sos pins torna la nau ;
en lo jas de la dayna la rêmora s' revolca,
y escorcolla 'l d' Hespèris algun marí gripau.

Parece que, al despeñarse el mar de cordillera en cor-
dillera, rueda con truenos, huracanes y rayos, buscando
dentro del abismo los huesos de la tierra, para dárselos á
descarnar á esos buitres del cielo.

Y, desparramándose mas allá por las hespéridas planicies,
de golpe levanta, abarranca y recubre; córrense las serra-
nías, cediendo y desplomándose; y torres, que á los cielos
llegaban, se humillan en el polvo.

Írguense yermos y ribazos, despues que el mar ha des-
trozado con una mano sus bosques y sus ciudades con
otra; por la falda del cerro rueda su cumbre, y sobre el
el oro de los sembrados se mece el espíritu de las olas.

Truncados ídolos y arquivoltas, de su templo escombros,
circulan con la florecilla que perfumara sus piés; los áureos
cálices y los cetros se esconden entre las hojas, al ver que
de tal manera se ahogan sacerdotes y deidades.

Cabalga el pez en la nube, el topo del águila en el nido.
vuelve la nave sus pinos á las cumbres en que pimpollecie-
ron, revuélcase la rêmora en el lecho del gamo, y escudriña
el de Hespèris algun sapo marino.

Les eugues que batían lo blat volan pels ayres,
 ab l'era y mas á trossos y garbes y garbers,
 fan un gabell entre ones, arbreda y llenyatayres,
 y ab sos difunts la fossa barreja sos fossers.

D'açò á través, cadáveres de pobles y boscuries,
 que bullen ab los núvols en tufejant barreig,
 camina y náda Alcídes, vers l'hort de les canturies,
 de morses y tremelgues y catxalots rabeig.

Prop seu rumbeja una illa naixent ses verdes robes,
 y ab bels de mort, encara penjantshi blanchs xayons,
 esperan á ser presa de las marines llobes,
 que, ab l'illa y tot, altra ona los arrossega al fons.

Nines galans lo cridan desde un cim de palmera,
 allargantli los brassos de gebre esblanquehits,
 y en sos genolls musclosos y rossa cabellera
 se penjan infants tendres pel fret esmortehits.

Lo grech tot ho rebuja y empeny á cada banda,
 morts y vius, moltonades y llenya á curumulls,
 d'un rehinós pi á la teya gegant que 'l vent abranda,
 á la gentil Hespèris cercant, de negres ulls.

Nadan por los aires las yeguas que trillaban, con la era
 y la alquería en ruinas, y segadores, y gavillas; forman un
 haz entre las olas leñadores y arboledas, y la fosa confun-
 de muertos con sepultureros.

Atropellando por todo, cadáveres de pueblos y de bos-
 ques que se agitan con las nubes en hedionda mescolanza,
 camina y náda Alcídes hácia el huerto de los cánticos,
 recreo ya de morsas, torpedos y cachalotes.

Junto á él, ondea una naciente isla su verde ropaje, del
 cual, con mortales balidos, colgándose blancos corderillos,
 esperan, para presa ser de las lobas marinas, que, junta-
 mente con la isla, otra oleada los arrastre al profundo.

Garridas doncellas le llaman desde la cima de una palme-
 ra, lívidostendiéndole los niveos brazos, y de sus musculosas
 rodillas y blonda cabellera se cuelgan tiernos infantiles,
 amortecidos de frio.

Todo lo esquiva el griego, y empuja á diestro y siniestro;
 muertos y vivos, rebaños y acopetada maleza; á la gentil
 Hespèris de negros ojos buscando, á la llama gigantea de
 un resinoso pino que el viento encandece.

De sobte, ab ays planyívol's y esgaripar de nina,
venen vius á punyirli lo cor sos alarits,
com piuladissa y tristos sospirs de la cardina,
la torrentada al dursen sos xiricants petits.

No lluny de les Hespèrides se dol sa mare trista,
en l'hort hont com sa vida les flors s'han esfullat;
quan del brandó terrífich la llum fereix sa vista,
y ab l'esperansa, dintre son cor, la por combat.

Es qui engegá en son regne les mars; ¿ve á esparonarles,
ò condolintse d'ella, ve á durselan á port?
mes ¿com deixar ses filles? ¿com somniar deixarles?
jamay: entre sos brassos primer reptar la mort.

¡Oh cèlica pureza! llavors li aparegueres,
com Angel ensenyantli de Bética 'l camí,
—Vínahi, si vols guardarme ton lliri,—li digueres,
y al punt, per assolirte, de tot se despedí.

Fa'l darrer plò' ab ses belles Hespèrides que moren,
com dits d'una ma balba, dessota 'l taronger
arrupides; y en ombres hont tant felisses foren,
al deixarles cadavres, també ho voldria ser:

De súbito, con plañideros ayes y acento virginal, pene-
trantes llegan á punzarle el corazon sus alaridos, cual los
pios y los tristes suspiros del jilguero, si arrastra la crecida
sus gárrulos pequeñuelos.

No léjos de las Hespérides, en el huerto cuyas flores
yacen deshojadas cual su vida, laméntase su triste madre,
cuando el fulgor de la terrorífica antorcha hiera su vista
y el miedo y la esperanza luchan en su corazon.

Es el que desató en su reino los mares: ¿viene acaso á
aguijarlos, ó, de ella condolido, á conducirla á puerto? mas,
¿como abandonar á sus hijas? ¿como soñar en dejarlas? ja-
mas: entre sus brazos ántes afrontar la muerte.

¡Oh cèlica pureza! á ella te apareciste entónces mostrán-
dole como un ángel, el camino de la Bética—Ven—dicién-
dole,—si anhelas conservar tu lirio—y al punto, de tí en
pos, todo lo abandonó.

Vierte el postrer llanto con sus hermosas Hespérides que
mueren arrecidas debajo del naranjo, como dedos de una
mano gafa, y en la umbría en que tan dichosas fueron al
dejarlas cadáveres, tambien serlo quisiera

—¿Perquè á mon coll, oh filles, enarbro vostres brassos?
al pit lo cor se 'm nua d' havèrvosho de dir;
nosaltres que vivíam de besoteigs y abrassos,
los últims hem de darnos, gemats, ans de morir.

Qui en terra os ha posades per sempre vos hi deixa;
mes ¡ay! á ses entranyes no repteu de cruels,
que es molt punyent l' espina que ab forsa les esqueixa,
y son, mirau, mes llágrimas del cor foses arrels.

No vullau saber altre, de mon amor poncelles,
anau al cel á obrirvos avans d' entendre 'l mon ;
jo que ¡ay! embriaguí'mhi d' olors y cantarelles,
hauré d' arrossegar'mhi ab la vergonya al front.—

Y al cel alsant la vista, los dona l' arrevèure,
arrancantse á llurs brassos que cauhen esllanguits,
com esllanguits colltorcen los branquillons d' una eura,
d' un arbre amich al perdre los brassos y los pits.



—¿Por qué hácia mi cuello, oh hijas mias, levanto vuestros brazos? anúdaseme el corazon en el pecho al tener que decíroslo; nosotras, que vivíamos de abrazos y de besos, los últimos, acendrados, hemos de darnos ántes de morir.

Quien os puso en el mundo para siempre en él os deja;
mas ¡ay! no acuseis de cruels á sus entrañas, que es muy aguda la espina que dura las desgarras, y son mis lágrimas, mirad, licuadas raices de mi corazon.

No queráis saber más, capullos de mi amor, volad al cielo á abriros ántes de comprender el mundo; yo que ¡ay! embriaguéme en sus efluvios y armonías habré de arrastrarme por él con la vergüenza en rostro.—

Y, alzando al cielo los ojos,—adios,—les dice: arrancándose de sus brazos, que lánguidamente caen, como lánguidos se doblegan los tallos de la hiedra, al perder los jugos y el sosten del árbol amigo.

